



Elif Shafak, escritora turco-británica, en 2016. (Fotografía: Rosdiana Ciaravolo / Getty Images)

Angustia europea

Mauricio Ruiz

—ME ACUERDO MUY BIEN. Por esas épocas mis padres votaban por el partido comunista. Era costumbre. Pero con el tiempo las cosas cambiaron. Todo se volvió Frente Nacional y Jean-Marie Le Pen.

En el Palacio de Bellas Artes de Bruselas escuché al escritor y filósofo Didier Eribon contar un poco acerca de su vida, de lo que ha visto ocurrir en Francia en los últimos años, mucho de lo cual está incluido en su libro *Regreso a Reims*. Su inglés es pausado y rítmico, con un marcado acento francés, y habla de la desilusión de muchos en Francia, obreros y oficinistas, cajeros y estibadores, personas que han visto sus vidas erosionadas a niveles insólitos de precariedad.

—Se sienten traicionados, ignorados por el Partido Socialista —dice. No hay quien los escuche, quien atienda sus problemas. Y entonces ahí está el Frente Nacional, aprovechando.

Eribon era uno de muchos invitados. El Goethe-Institut organizó una conferencia de dos días en Bruselas llamada: “Angustia Europea (*European Angst*): Populismo, extremismo y euro-escepticismo en la sociedad europea contemporánea”. El acto fue inaugurado con unas palabras de Klaus Dieter-Lehman, presidente del Goethe-Institut en Alemania, seguido por un discurso de la premio Nobel de literatura, Herta Müller. Durante los dos días hubo un total de cuatro charlas. En la primera, Eribon compartió el panel con Vladimira Dvorakova, politóloga de la República Checa, y Shermin Langhoff, directora artística del teatro Gorki en Berlín.

—Yo he caminado con ellos —continúa Eribon—, los he acompañado en sus marchas, trabajadores y estudiantes. Siento una profunda empatía por su causa.

Hay un disloque, una realidad que parece existir en dos formas irreconciliables. Una clase política que no consigue, o no quiere entender lo que un segmento cada vez más grande de la población reclama. Shermin Langhoff menciona las mujeres que vio en Dresden, mujeres de más de setenta años, encorvadas y con dedos torcidos por la artritis que deben buscar entre los botes de basura para subsistir.

“¿Por qué está pasando esto?”, fue el título de esa primera charla, y una palabra que surge una y otra vez es “populismo”, su alza no sólo en Europa sino en el mundo; las referencias al Brexit y al resultado de la elección en Estados Unidos no tardaron demasiado. En 2017 habrá elecciones en Holanda, luego en Francia y Alemania, una sensación de incertidumbre flotando entre la gente.

—Estamos en un momento de crisis profunda— me explicó Cristina Nord, directora de la programación cultural del Goethe-Institut—. Necesitamos abrir un espacio para la reflexión, encontrar formas para incluir a los que hasta ahora se sienten excluidos del debate político. Es importante que exista un dialogo en la sociedad.

Desde el comienzo, hay algo que me llamó la atención. El discurso de Herta Müller tocó temas delicados, de relevancia actual e histórica, con el aplomo y severidad de una gran novelista; pasa el tiempo y sus palabras muestran que su postura es firme y sin ambigüedades. Criticó los ataques a hogares de refugiados en Sajonia, el gobierno de Víctor Orbán en Hungría, el apetito de poder de Jarosław Kaczyński, ministro del parlamento en Polonia.

Detrás del podio había una pantalla donde se proyectaban todos los *tweets* que incluían la frase

#*EuropeanAngst*, y a mitad del discurso ya era claro que alguien de nombre Lukasz Warzecha no apreciaba la opinión de Müller —más tarde me enteré que Warzecha, periodista polaco, fue invitado a uno de los paneles del día siguiente—. Algunos de sus *tweets* decían: “Ahora Herta Müller hace el ataque estándar a Orbán. Qué aburrimento”. “Ahora Herta Müller califica de xenofobia el miedo justificado de la gente en Sajonia”.

La escritora cambiaba de hoja, leía sin apuro. Los *tweets* continuaban.

Me surgió la pregunta de si hay manera en que estas dos posturas se entiendan, si no al punto de conciliación, por lo menos con el entendimiento de por qué el otro ve el mundo como lo ve. Mi hermano mayor y yo tenemos desacuerdos a menudo. Él ha vivido varios años en Estados Unidos y es un hombre industrial y emprendedor, con ideas de negocios todo el tiempo. En general se opone a tipos de gobierno que, en sus palabras, creen obstáculos al desempeño de las empresas. El individuo es el centro de todo, único responsable de su destino. Yo he vivido algunos años en Europa y ahora soy escritor, aunque en el pasado trabajé como ingeniero en sistemas. En Bruselas, en París, en Frankfurt he visto crecer el número de indigentes a un grado que hace imposible negar que algo no funciona en los modelos económicos actuales. Y todo esto en Europa occidental, donde se asume que el nivel de seguridad social es sólido, con soporte para aquellos que caen en el desempleo o sufren de enfermedades con tratamientos costosos. Pero ¿qué es lo que nos hace, a mi hermano y a mí, hablar acerca de cuánta protección social debe recibir un trabajador, la lucha entre industria y naturaleza, los daños al planeta y la necesidad de crear más empleos? Lo más fácil sería ignorarnos.

Dicen que un escritor, una actriz, debe ser capaz de ver y sentir lo mismo que su personaje, aun cuando sus valores sean distintos, incluso opuestos. Pero la empatía es algo que se desarrolla, no es gratis, requiere un esfuerzo, el deseo de entender al otro u otra. Lo que motiva nuestras pláticas es el respeto, el deseo de comprender las ideas del otro a fondo. Y el aceptar que en nuestra relación puede haber lugar para el desacuerdo.

Al segundo día las cosas empeoraron. En el penúltimo panel, Warzecha se ganó el abucheo del público cuando explicó que no es lo mismo los polacos trabajando en el Reino Unido, los húngaros exiliados en 1956, que los refugiados que llegan a Europa del Medio Oriente, de países con “culturas extrañas” (*alien cultures*).

—Siempre que asisto a debates de este tipo recibo la misma reacción —decía Warzecha.

El público silbaba, gritaba en distintos idiomas.

—Yo no soy compatible con ustedes, y ustedes no son compatibles conmigo — agregó—. Y eso es exactamente lo que imaginé que pasaría.

Escuchaba a Warzecha, veía al público a mi alrededor y me inquietaba. ¿Estábamos más cerca de entendernos que hace dos días?

Además de los panelistas se invitó a cuarenta estudiantes para que participaran en el debate y al final redactaran un documento con sus propuestas para el futuro de Europa. Una chica turca mencionó que en su país muchos creen que Europa se está desintegrando. Una joven austriaca se quejó de que se le llame fascista al candidato de derecha, Norbert Hofer; otra de origen albanés-griego, estudiante en Amsterdam, criticó la postura anti-inmigratoria de muchos gobiernos. Se vuelve claro que hay divergencia de opiniones entre ellos también.

Warzecha proseguía, nada lo intimidaba.

—Muchos de los inmigrantes vienen a Europa por los beneficios sociales que ofrece el gobierno —decía—. Uno que otro, tal vez, a trabajar.

Sonia Seymour Mikich, panelista alemana que durante el debate mostró su total desacuerdo con Warzecha, no se contuvo más y lo interrumpió:

—Eres despreciable.

La atmósfera se volvió incómoda, pocos sabían cómo reaccionar. En las redes sociales Warzecha ganó seguidores. Al final del debate que cada quien profriró quedarse en su parroquia; la voluntad para cuestionar las propias creencias se diluyó.

No obstante, después del almuerzo la última charla del evento ofreció un poco de luz. Elif Shafak, escritora turco-británica, hizo un esfuerzo por mostrar que hay matices en todas partes:

—Me pasa lo mismo, ya sea en Canadá o Inglaterra, en Medio Oriente, las mujeres me dicen, “¿Qué suerte tuve de no haber nacido *allá*”. Allí es el Oeste, allí es el Medio Oriente. Y cuando les pregunto, “¿Cuántas mujeres de esos países conoces?”. A menudo la respuesta es: cero. Nos hacemos una idea de lo que es allá, lo que es el otro. A menudo hacemos generalizaciones y olvidamos que no hay entidades monolíticas. Todo lo que fomenta la idea de un nosotros *versus* ellos está destinada a crear extremismos.

Salí del Palacio de Bellas Artes y el cielo estaba despejado, había un poco de sol, las últimas horas de la tarde en Bruselas. Encontré a Shermin Langhoff fumándose un cigarrillo; había un taxi que la esperaba.

—Me encanta Berlín —le dije—. Ojalá algún día nos podamos ver en el teatro. Sonrió y exhaló el humo, apagó el cigarrillo con el zapato.

—*Inshallah* —me dijo, antes de subirse al taxi. 